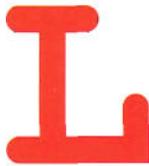


LA CUMBRE DE RÍO



LOS MÁXIMOS dignatarios del mundo han intentado en Río llegar a acuerdos para garantizar la supervivencia de las futuras generaciones que peligran por el deterioro del medio ambiente. En nombre del progreso económico se está destruyendo nuestro planeta y nadie puede permanecer impasible a las terribles consecuencias ambientales que pueden ocasionarse con el progreso incontrolado.

La producción y el consumo de los países industrializados causan buena parte del deterioro del medio ambiente, pero también cooperan los países en desarrollo cuyo estado habitual es la extrema pobreza y que en muchas ocasiones pretender sobrevivir exclusivamente exprimiendo la naturaleza.

Los 5.400 millones de habitantes que en la actualidad tiene la tierra pueden duplicarse a mediados de la primera centena del siglo XXI, y si se mantiene la actual proporción el 80%, es decir casi diez mil millones, tendrán que comer destruyendo la naturaleza, y el otro 20% habrá basado su bienestar también deteriorando el medio ambiente, si es que los recursos que nos da la tierra llegan hasta entonces.

Tal vez en Río no se han conseguido acuerdos espectaculares que marquen un claro caminar hacia la conservación del medio ambiente, pero el debate abierto y la llamada a cada cosa por su nombre, es una concienciación que no puede volverse atrás. Se ha trazado una trayectoria que han permitido afrontar los problemas ecológicos con una nueva posición más realista y más cruel.

Era previsible que no se conseguiría de golpe todo lo que se proponía, era ilusorio, pero es mejor conseguir algo que nada. No se puede pedir a los países que gozan de una posición desarrollada que cambien su desarrollo por naturaleza, tampoco se puede pedir a los países pobres que no coman. Habrá que ir hacia un desarrollo sostenible aún a costa de cambiar nuestros estilos de vida. Habrá que encontrar la manera de garantizar el desarrollo a los países que sólo pueden encontrar ahora su supervivencia en el deterioro de sus recursos naturales.

El tercer mundo tiene que tener acceso a la tecnología y los países más desarrollados se la tienen que facilitar.

La FAO estima que se pierden 17 millones de hectáreas de bosques tropicales al año; se estima que originariamente (a principios de siglo) había 6.200 millones de hectáreas de bosques, de los que hoy apenas quedan 4.244 millones. Se están destruyendo y sobre explotando unas reservas conservadas durante siglos. Muchos países sólo pueden pagar su deuda externa con madera, aunque no es ésta la causa de la mayor desaparición de bosques, se queman o talan zonas para asentar una agricultura que al cabo de los pocos años no tiene porvenir. La madera se puede y debe de cortar, pero con el criterio del aprovechamiento sostenible; el bosque debe gestionarse de forma que se corte el interés, no el capital.

Los bosques del norte también están sufriendo el deterioro, no por sus excesivas cortas, sino por la lluvia ácida en las zonas más septentrionales y el fuego en las más meridionales.

Hay otros factores que se derivan de la existencia del bosque: La cubierta vegetal es imprescindible para el ciclo natural del agua y la regulación del clima y es el arma más efectiva para recoger el CO₂ de la atmósfera y transformándolo en oxígeno, el bosque es el sumidero de anhídrido carbónico. El bosque y sobre todo el tropical es el custodio de la diversidad biológica y como tal laboratorio genético básico para nuestra salud y garante de nuestra alimentación. Tal vez existen 50 millones de especies vivas, animales y vegetales, aunque sólo están catalogadas poco más de un millón; su subsistencia depende la cubierta vegetal.

No se puede actuar irracionalmente destruyendo los bosques tropicales, pero a cambio tenemos que aportar otras fuentes de ingreso a los países que sólo pueden sobrevivir a costa de esos bosques.

La tierra, según un proverbio masai, no es un regalo de nuestros padres, sino un préstamo de nuestros hijos.

